

## Y RESURGE LA CHATARRA

Algunas de las piezas de metal que componen sus esculturas se reconocen fácilmente: la punta de un tornillo-ojo; el bulón-arcabuz; el engranaje-cresta de gallo; el clavo oxidado-garra. Así como los pétalos agujereados del hervidor de verduras son corazas, escudos, alas, plumas de pájaro. Pero Luis tiene razón: tanta diminuta e incomprendida *chatarra*, revive solo gracias a sus manos. Antes de esos gestos de artista, esos fierritos son solo descartes, usurados o nuevos, pero inútiles para los fines con los que fueron creados. Ni las cajas, ni los cajones o los rincones de los depósitos “saben” que custodian pedazos de esculturas. Para eso sirven las manos de Luis. Es un hombre de decisiones fuertes, Luis Mario Borri, oriundo de Berisso, República Argentina; nacido hace 60 años, hijo de inmigrantes italianos. De pensamiento veloz, sanguíneo como los guachos, rudamente anticapitalista, así se describe: “daltónico, zurdo, autodidacta”. Exiliado de su País en los años de la dictadura, vivió en Brasil, Suecia y en Italia. Desde el 2002 vive entre Milán y Buenos Aires donde colabora con la *Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo*. Debió escapar de la Argentina para no resultar desaparecido como su esposa. Con su hijita Sofía en brazos llegó a San Pablo, Brasil, y luego se refugió en la políticamente correcta pero fría Estocolmo, donde el sol es una tibia bola lechosa, ningún sonido se parece al tango, ningún sabor evoca la carne a la parrilla, orgullo de todo asador. Fue duro vivir allí, y entonces el exiliado se mudó a Italia. Allí el sol es sol, el acordeón familiar, buena la carne asada (cuando se encuentra de frente a la parrilla, Luis *debe* probar el asado, mordiendo un pedacito ensartado en la punta de un cuchillo de cocina). En Italia continuó la actividad política en nombre de las *Venas abiertas* de su continente y allí devino padre de sus hijas Agnese, Lucía y Matilde (hoy quinceañera). Por trabajo, manipuló, ordenó, reparó objetos y artefactos como *factotum* manual del milanés *Villaggio della Madre e del Fanciullo*. En su taller de herramientas pasó horas a desarmar y rearmar, a catalogar y separar toda la *chatarra* que le pasaba por las manos. Ya en aquellos años creó sin saberlo – quizás avergonzado pues el arte es siempre cosa de burgueses – y mientras tanto estimuló a la opinión pública de Milán y de Italia con la experiencia de las *Madres de Plaza de Mayo*, organizándoles conmovedoras giras en las que presentaba a la *líder máxima*, la mítica Hebe de Bonafini.

Luis Borri siempre vislumbró las cuchillas de un trincha-pollos como el pico de su *Pájaro Péndulo*; desde siempre supo que el yelmo de su *Ángel Exterminador* fue por décadas solo la cabeza rotante de una máquina de escribir. En sus esculturas, las piezas de metal recogidas se mezclan misteriosamente con la intuición, con los recuerdos cromados y otros más opacos, junto a miles de elucubraciones y a la rabia proletaria, que en los clavos oxidados, en las puntas de tenedores, en los ganchos de colgar ropas o sombreros, le permite entrever el mismo desventurado ADN de “los seres humanos que la sociedad consumista condena a ser útiles, solo materialmente útiles para luego abandonarlos como *chatarra*”. Reflexiones dolorosas y extremas, intercaladas con incursiones veloces y temerosas en los sentimientos, siempre encuadradas en razonamientos blindados y análisis *tranchant* acerca de la política, las clases sociales, los pueblos explotados por los *gringos*. Hasta cuando ensambla /esculpe, Borri *debe* decir que sus manos se activan por si solas “mientras la mente se ocupa de otra cosa”, no obstante que, tiernamente, sus manos “evocan aquellas de mi madre mientras teje o aquellas de quien manipula las cuentas de un rosario. Mientras las manos actúan, mi mente aprovecha para vagar libre, profunda. Y esto me hace bien”. Por esta razón es que “cuando desde los depósitos de *chatarra*, desde los rincones olvidados, las piezas de metal imploran “Sálvennos”, el poético ensamblador de Berisso no resiste y *debe* ofrecer “a las *chatarras* la posibilidad de transformarse en protagonistas de una aventura estética colectiva”